

LAS CRISIS CONVULSIVAS EN LA MEDICINA NAHUATL

CARLOS VIESCA TREVIÑO*
IGNACIO DE LA PEÑA PÁEZ*

Desde las épocas más remotas el hombre ha sido vivamente impresionado por el fenómeno aparatoso y dramático que es la convulsión. Interesado en ella observa tanto en su simple manifestación como en su integración al individuo que la sufre; conociéndola a un nivel descriptivo, la interpreta, especula sobre sus causas y sus modos de acción y, finalmente, intenta actuar sobre ella dominándola, apropiándose del mal espíritu que la promueve, controlándola cuando la logra objetivizar.

Cada cultura se individualiza por un conjunto de características que le son propias y la diferencian de las demás. Siendo la medicina una manifestación cultural que no se excluye, sino que participa de los ideales, de los problemas y de las vivencias propias de la sociedad en que se practica, presenta también una serie de rasgos peculiares que, derivados del concepto del hombre y sus relaciones con el universo que se expande a su derredor, a la vez constituyen su vínculo de unión con otras esferas de la cultura y la diferencian de otras medicinas cercanas sea en el tiempo, en el espacio o en sus sistemas de pensamiento. El objetivo del presente trabajo es analizar los rasgos distintivos de la medicina náhuatl tomando como punto de referencia una manifestación patológica: la crisis convulsiva.

En otros sitios he referido con amplitud los conceptos que a mi modo de ver son fundamentales para tratar de comprender qué entendían los nahoas por enfermedad (1). Re

* Instituto Mexicano para el Estudio de las Plantas Medicinales, Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, UNAM.

tendremos un criterio básico; para ellos era la alteración que presentaba el organismo como respuesta a la introducción de algo extraño en su interior. Este "algo" puede ser un "tona", un dios, un influjo astral. En el caso de las convulsiones encontramos las tres posibilidades, a las que todavía debemos agregar la influencia de ciertas propiedades de la naturaleza a través del ordenamiento específico del mundo en regiones con cualidades perfectamente determinadas. Sin embargo, espíritus, dioses, astros, naturaleza, el hombre mismo, no pertenecen a mundos separados; se relacionan dentro de un orden cósmico que rige sus destinos y especifica las posibilidades de paso de una a otra esfera. Hombre y naturaleza participan de lo divino.

Las crisis convulsivas son, al igual que las otras enfermedades, producidas por introducción; pero, cuando se dota de propiedades subjetivas a ese "algo" hasta ahora indeterminado el concepto de introducción adquiere la categoría de posesión. La crisis convulsiva aparece cuando el organismo atacado lucha por mantener su individualidad; y para que esta lucha alcance tales dimensiones es necesario que el agente agresor sea realmente poderoso, poseedor de una energía extraordinaria. La aparente recuperación integral del enfermo después de las crisis, conduce al observador a interpretar el hecho como el establecimiento de una paz entre agredido y agresor, sólo obtenida merced a una igualdad de fuerzas, de energía espiritual, entre ambos.² Cada crisis controlada aumenta el prestigio del enfermo ya que significa que ha logrado el dominio de un espíritu más, que ha vencido a sus enemigos. Frecuentemente el epiléptico se convierte en curandero, siendo sus convulsiones signo de ser un elegido de los espíritus.³ Al luchar contra las fuerzas patógenas hasta obtener una autocuración, deja de ser paciente —elemento pasivo— para convertirse en copartícipe de todo el proceso espiritual del que sus convulsiones son el síntoma, para constituirse en el eslabón obligado entre el mundo de los espíritus y el de las apariencias físicas. El hechicero puede participar ahora tanto en el acto de curar como en el de producir enfermedades.

El mundo mágico evoluciona —quizá nunca existió a un nivel absoluto de pureza— y las potencias espirituales, al jerarquizarse, se empiezan a trocar en dioses. No pudiendo combatir al dios, el hombre deja de ser elemento activo en

el proceso patológico para convertirse en simple intermedio, en el objeto a través del cual se evidencia aquel.

Entre los náhoas se consideraba al hechicero como un ser poseído por un dios y los cuadros convulsivos como síntoma de posesión divina. La enfermedad era "el descendimiento, el viento" que penetraba en alguien.⁴ Las cihuateteo, espíritus deificados de las mujeres muertas durante su primer parto que, según la tradición acompañaban al sol desde el cénit hasta el ocaso, eran las principales causantes de la enfermedad.⁵ ⁶ Cuando, nos dice Sahagún, a alguno le entraba perlesía u otra enfermedad repentina, o entraba en él algún demonio, decían que las diosas lo habían hecho.⁷ En días considerados como aciagos descendían a la tierra y vagaban por ella haciéndose presentes sobre todo en las encrucijadas y apoderándose del individuo que las miraba. Los niños corrían mayor peligro de ser afectados tanto por su inexperiencia y falta de defensas cuanto por la inquina que las diosas les tenían, pues ellos fueron la causa de su muerte, por lo que eran encerrados en las fechas clave, eludiendo así toda la posibilidad de contacto con las cihuateteo. Los adultos se congraciaban con ellas adornando sus estatuas con papeles rituales y proveyendo sus adoratorios de diversos alimentos, principalmente pan, tamales y maíz tostado.⁸

Con estas diosas se asociaban los médicos y las parteras por medio de un astrológico, Ce-calli, que les era común.⁹ Se ofrece un nexo entre los dioses que envían la enfermedad y los humanos que se encargarán de combatirla. El papel sagrado del ticitl durante el acto curativo se encuentra perfectamente establecido y, en un mundo eminentemente peligroso, se abre una posibilidad para la acción humana como copartícipe de los designios divinos.

Si bien las cihuateteo enfermaban a cualquiera que se topara con ellas, sin importar sexo, edad, ni condición, había otra diosa que enviaba el mismo tipo de problemas, pero solamente a aquellos cuyos excesos sexuales habían atraído su atención. Nos encontramos ante el concepto de enfermedad como castigo a un pecado cometido. La diosa Tlazolteotl, una de las advocaciones de la diosa madre, de la tierra.¹⁰ La posibilidad de enfermar, la ejerce nuevamente una diosa relacionada con la maternidad, pero esta vez con la maternidad exitosa, con la procreación, y ahora no enferma sin ton ni son, sino que

castiga. Se agrega un contenido moral y quizás aún de justicia al hecho; la esfera de la enfermedad trasciende hacia la más amplia de las relaciones sociales.

Nos queda por mencionar otra deidad: Xólotl, el gemelo, el dios de los monstruos, de los deformes que guarda también estrecha relación con las convulsiones. El no las causa, es un dios que las sufre. En el códice Borgia, por ejemplo, junto a su representación aparece siempre una olla repleta de miembros retorcidos.¹¹ En los códices se representa a Tlazoltéotl, además de que con el atuendo característico, con los miembros contraídos y distorcionados; ella es también la pecadora que absorbe el castigo, antes reservado a la humanidad.¹² La asociación del perro —disfraz del dios—, con la convulsión, tal vez se muestra de la observación de un fenómeno relativamente frecuente en dicho animal.

Los astros tienen su parte, en el asunto que nos ocupa. Tanto los dioses como los hombres participan, aunque de diversa manera, en el mantenimiento y desarrollo de un orden cósmico; y ambos están encuadrados en un estricto sistema de influencias, son lo resultante de toda esta interacción. Sirven para pronosticar el futuro, para definir el carácter y temperamento de los nacidos bajo ellos, para fijar la simpatía que les relaciona con determinados dioses, etcétera. Ya hemos mencionado que había ciertos días en que actuaban las cihuateteo, días siempre correspondientes a cuatro signos fundamentales: ce-ozomatli (1-mono), ce-calli (1-casa), ce-quiáhuitl (1-lluvia) y ce-mázatl (1-venado).¹³ Tlazolteotl Xólotl tenían también su signo calendárico.

Los nacidos en ce-calli, ya hemos visto que serían médicos o parteras; pero los que nacían en ce-quiáhuitl no serían curanderos de la enfermedad sino pacientes del mal. La descripción de la personalidad del epiléptico en los tonalámatl náhoas, es verdaderamente interesante; los que nacían en este signo serían nigrománticos, embayadores o hechiceros... sabían palabras para hechizar... y para otros maleficios... nunca tenían placer ni contento... dudaban, mal vestidos, mal gusto... ningún amigo tenían.¹⁴ "Hombres de poca vida, siempre vivían enfermos... de enfermedades largas y prolijas; nunca los acertaban a curar..."¹⁵

De la personalidad del enfermo, pasemos al conocimiento de la enfermedad misma. Los médicos náhoas destacados por

su capacidad de observación y, reconociendo a los dioses como agentes causales, se preocuparon también por detectar y describir su acción sobre el hombre. . . . Muestra de ello son los nombres dados a la convulsión "couacihuiztli",¹⁶ enfermedad de la mujer serpiente, de la mujer de la tierra; "huixcáyotl", temblor de enfermo,¹⁷ "huapahualiztli", enfermedad que encoge los nervios,¹⁸ "nacayomimiquíztli", enfermedad que mata la carne¹⁹ Además los autores de la época nos ofrecen conocimientos observacionales de interés particular: "observa el tiempo en que la epilepsia ha de venir. . . al aparecer la señal. . .", nos dice el Códice Badiano aludiendo al aura;²⁰ el paciente "comienza como a manquear, como a torcerse de la boca" . . .²¹ o bien a sentir "como oprimido el corazón y latirle las sienes y tiritar mucho y temblar de los nervios."²² Los estados crepusculares son también descritos por los ticitl informantes de Sahagún; el poseído, que por esto se ha convertido en un malvado, el que parece que empieza a andar de un lado para otro. . . .²³ Es de interés la apreciación de la cualidad moral —indicada por el calificativo de malvado—, asociada a la enfermedad, que aún indica el concepto prehispánico que asocia pensamiento y corazón, de modo que al tomar posesión las diosas y apoderarse del corazón, del centro vital del enfermo, alteran no sólo su esfera mental, sino también sus sentimientos.

En un trabajo previo en que resumimos nuestros conocimientos acerca de este mismo tema,²⁴ señalamos algo que juzgamos importante; la posibilidad de que los médicos náhoas pensaran en la localización intracraneal de la enfermedad. Ahora hemos cambiado nuestro criterio. La aplicación tópica de medicamentos en cráneo será comentada después, pero creemos que su función era más bien dirigida a modificar propiedades físicas. Por otra parte, los elementos de imitación mágica contenidos en el Códice Badiano,²⁵ como la ingesta de cerebro de zorra y comadreja, animales listos, astutos, que nos pareciera un dato fundamental al respecto, pensamos son de origen europeo e introducido a los médicos indígenas del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco a través de los textos de Plinio existentes en su biblioteca.

Existen otros criterios mágicos que pudieran parecer sugestivos. El uso de cabellos quemados de muerto, de plumas de cozcacuáuhitli (el ave calva) en sahumero,²⁶ no apuntan

hacia una localización intracraneal del proceso sino a realizar el valor de "la coronilla", donde estuviera la fontanela, sitio electivo para la salida anormal del espíritu. De hecho podemos hablar de un ojo corazón, fontanela, por el que circularía preferentemente la energía espiritual, pensante, del individuo. Un dato confirma este criterio: para que un hechicero, nacido en ce-quiáhuitl y favorecido por las cihuateteo con torvos y extensos poderes, los pierda, y sea reducido a la inofensividad, es necesario arrancarle justamente el mechón de cabellos de la coronilla.²⁷

Hemos dicho que el hombre inicia su participación con lo divino; participa observando a la naturaleza que existe a su alrededor y pensando acerca de lo que en ella sucede. La primera consecuencia ostensible de esto, aparece como un intento de considerar propiedades físicas —frío-calor—, como base para un sistema de clasificación de la naturaleza. Hay cosas frías y cosas calientes, enfermedades frías y enfermedades calientes, medicamentos fríos y calientes también; aún más, el calor y el frío pueden desplazarse por el cuerpo produciendo manifestaciones patológicas, de modo que la enfermedad no sólo depende de cambios absolutos, sino relativos también, en la disposición del calor y la frialdad.

La epilepsia es una enfermedad caliente. Se produce, ya lo hemos visto por descenso de ciertas divinidades, seres celestes, de naturaleza caliente. Las cihuateteo son diosas que acompañan al sol durante su descenso, y aunque los textos no lo dicen expresamente, el tipo de elementos curativos empleados en ella parecen confirmar esta opinión. Los elementos animales, quizá más antiguos, expresan el criterio de que lo semejante cura lo semejante —calor para el calor—. Se dan cuerno de venado,²⁸ animal asociado con el sol, el calor y la sequía;^{29, 30, 31} hoitziltziltótol,³² ave de la familia de los colibríes, también asociada con el sol; hiel de perro,³³ elemento no sólo caliente, sino proveniente del animal de Xólotl, una de las deidades que se relacionan directamente con la enfermedad. En cambio, los de origen vegetal son elementos que parecen estar empleados de acuerdo con propiedades físicas bien establecidas y siguiendo la ley de los contrarios; el tlatlacótic es siempre recomendado como emético y siempre en presencia de enfermedades calientes; el acocoxihuitl se manda con objeto de disminuir el calor.

Especialmente, es una enfermedad del crepúsculo, del ocaso, del occidente; cosa fácil de corroborar si recordamos el papel de las cihuateteo como compañeras del sol en su descenso.

La enfermedad, al lado de toda la estructura de conceptos teúrgicos y mágicos, cobra una realidad y una validez física y especial. En toda esta transformación el hombre actúa como catalizador; es en su cuerpo donde tienen lugar las transformaciones patológicas, sufre la acción del dios, de los espíritus; pero a la vez se convierte en alguien que tiene acceso al mundo superior. Además, aprende a observar, a pensar; y transmite esa propiedad profundamente humana al mundo que lo rodea haciéndolo inteligible.

La ejemplificación de esa múltiple dimensión divina y mágica, natural y humana, es el corolario de esta breve incurción en el terreno de los conceptos náhoas acerca de las causas íntimas de las crisis convulsivas.

SUMMARY

Convulsive crisis was interpreted by the nahuatl doctors as produced by divine possession ascribed to "cihuateteo", Tlazolteotl or Xólotl. There was also an astrological determinism that people born in dates corresponding to the "cequiáhuitl" sign would behave strangely giving signs of a psychopatic personality common in epileptic patients. The remaining medical texts give us some interesting remarks about clinical facts as the aura, crepuscular states, etc.

In the nahuatl classification of diseases in hot and cold, epilepsy probably is a hot one. Epilepsy is a disease that gives us the possibility to study the interaction among different levels in the universe.

BIBLIOGRAFÍA

1. VIESCA TREVIÑO, C.: *El concepto de enfermedad en la Medicina Náhuatl*. Conferencia dictada en el Curso de Historia de la Medicina Náhuatl. Facultad de Medicina, UNAM. 13 de agosto de 1974.
2. ELIADE, M.: *El chamanismo en México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960: 35 y siguientes.
3. *Ibid* 38, 41 y siguientes.

4. LÓPEZ AUSTIN A.: Saluciones a los enfermos en lengua náhuatl. *Libro Jubilar* del Dr. Francisco Fernández del Castillo. México, 1973: 94.
5. SAHAGÚN, Bernardino de: *Historia General de las Cosas de la Nueva España*. I, 10. México, Porrúa, 1963: 49-50.
6. AGUIRRE BELTRÁN, G.: *Medicina y Magia*. México, Instituto Nacional Indigenista, 1963: 47.
7. SAHAGÚN, B.: *op. cit.* I, 10 párrafos 2 y 3; t. I: 49.
8. *Ibid.* I, 10, 4; II, 19, 12, III, 22, 1; IV, 33, 2.
9. *Ibid.* VI, 27, 2.
10. JIMÉNEZ, Ernestina: *La Epilepsia en la Historia*. Trabajo leído en la 6as. Jornadas Psiquiátricas del Hospital Fray Bernardino Alvarez. México, abril de 1974: 7.
11. Códice Borgia (tlazolteotl).
12. Códice Borgia (Xólotl) L. 9.
13. SAHAGÚN, B.: *op. cit.* II, 19, 3; II, 19, 8; II, 22, 1; IV, 27, 1; IV, 33.
14. *Ibid.* IV, 11, 4: 7.
15. DURÁN, Diego. *Historia de las Indias de Nueva España*. Tonalmatl, C. II E. México, Editora Nacional, 1967, t. II: 26.
16. MOLINA, Alonso. *Vocabulario de Lengua Castellana y Mexicana*. ed. facsimilar, México, Porrúa, 1972, f. 95v.
17. *Ibid.* f. 158v.
18. *Ibid.* f. 155v.
19. *Ibid.* f. 62 r.
20. DE LA CRUZ, Martín. *Libellus de Medicinalibus Indorum herbis*. f. 51v. edic. faes, México, IMSS, 1963: 209.
21. Códice Florentino, XI, 117. Traducción de A. López Austin. *Estudios de Cultura Náhuatl*. 9: 189. México, UNAM, 1971.

22. *Ibid.* XI, 110; *op. cit.* 9: 183-
23. *Ibid.* XI, 148; *Ibid.* 9: 213.
24. DE LA PEÑA, I., C. VIESCA. *La epilepsia en la Medicina Náhuatl*. Trabajo presentado en el Simposio Internacional sobre epilepsia. Acapulco, abril, 1973.
25. DE LA CRUZ, M. *op. cit.* f. 51v.
26. SAHAGÚN, B. IV, 11, 5; IV, 31, 5.
27. *Ibid.* f. 51 v.
28. DE LA CRUZ, M.: *op. cit.* f. 51 v.
29. Códice Borgia L. 5 col. 27, L 7 col. 47.
30. Códice Vaticano 3738, F. 7v (Kings, 11).
31. SELER, E. *Comentarios al Códice Borgia: I*, 46, 57, 84-85. México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
32. HERNÁNDEZ, Francisco. *Historia de los Animales de Nueva España II*, 22, México, UNAM, 1961.
33. DE LA CRUZ, Martín. *op. cit.* f. 51v.